

"Off-Broadway": lo mejor del teatro en los EE. UU.

Por Sergio Vodanovic

Contrastando con el mundo de Broadway, sus teatros que pueblan las calles transversales de la 42 a la 50, sus marquesinas iluminadas con el nombre de las estrellas, sus avisos que copan las páginas de diarios y revistas, el apasionante juego de los cientos de miles de dólares que se invierten en una producción y la espera ansiosa de la noche siguiente al estreno para saber —por las críticas de los diarios— si el dinero invertido se multiplicará o se esfumará, está en Nueva York, anteponiéndose a ese mundo fantasmagórico, el movimiento llamado "Off Broadway". Son teatros antiguos, pequeños algunos, enormes otros, que se encuentran fuera del distrito teatral y al que el turista ocasional no sabrá llegar ni el norteamericano interesado en asistir al teatro como una mera función social, no concurrirá.

Es, sin embargo, lo más interesante que ofrece el mundo escénico de los EE. UU. Nacido como una protesta al comercialismo de Broadway, iniciado por gente joven, algunas con la única virtud de su juventud, otras con talento, hoy Off Broadway no asusta a los grandes nombres y, muchas veces, llegan hasta los retirados teatros a realizar lo que muchas veces Broadway no les permite: Arte.

A la cabeza de estos teatros está el Phoenix. Actualmente se representa ahí, "María Estuardo" el drama de Schiller. Su producción es tan admirable que, a pesar de la lejanía en que se encuentra el teatro, su taquilla compite ventajosamente con los mejores éxitos de Broadway. Hay nombres que avalan este éxito. El de Schiller, desde luego, y, junto al ilustre dramaturgo alemán, el del director que muchos consideran el mejor de los contemporáneos, el inglés Tyrone Guthrie.

"María Estuardo" es un reconfortante baño en el arte teatral. El drama, un magnífico contrapunto histórico entre la Reina Isabel y María Estuardo, relativo a la responsabilidad histórica y moral que la primera experimenta ante las presiones para que ordene

la muerte de su prisionera, la católica María Estuardo, tiene todas las características de un drama clásico. No faltan en él ni las escenas en que las fuerzas que dominan el drama —las dos reinas— se confrontan ni aquellas en que los problemas éticos alcanzan magnitud a través de una acción directa.

Los dos papeles protagónicos —la reina Isabel y María Estuardo— están interpretados por dos de las figuras cumbres del teatro de habla inglesa. Una, veterana de las tablas y con un grandioso pasado: Eva Le Galliene, la otra, una actriz en pleno ascenso y madurez: Irene Worth. El resto del elenco, integrado especialmente por actores ingleses especializados en roles shakespearianos, están a la altura de las protagonistas.

La dirección de Guthrie no puede ser calificada con otro término que de excelente. No se pierde en preciosismos ni trata de impresionar al público anteponiéndose al texto o a la actuación. Por el contrario, sirve al texto en toda su amplitud y logra, mediante sutiles medios, una inmediata aproximación de actores y público. Muchas de las escenas son interpretadas al borde del escenario, delante de la línea de la cortina y, al finalizar cada cuadro, siempre es ésta la posición de los actores que interpretan sus últimos parlamentos delante de una cortina que ha caído previamente y que facilita el cambio de decorados e impide demora entre cuadro y cuadro.

Guthrie, puede realizar su labor artística porque cuenta con un reparto magnífico encabezado por la Le Galliene y la Worth y éstas, a su vez, pueden obtener las creaciones logradas, porque trabajan con el excelente texto de Schiller. Aquí está claro el verdadero orden de precedencia en el teatro: autor, actor y director. Un orden que la vanidad de algunos ha pretendido vanamente trastocar. Cuando eso sucede, los resultados no favorecen ni al teatro ni a los espectadores. En Chile, hemos tenido demasiados ejemplos y aún estamos pagando el precio de la absurda hegemonía del director en nuestro teatro.